

DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO (A)

Homilía del P. Just M. Llorens

8 de junio de 2008

Por Navidad y por Pascua, la atención de las celebraciones litúrgicas se centra en la Persona, en el Misterio de Jesucristo. Es lógico que sea así: es la manera de dejar bien claro qué es lo que constituye el núcleo fuerte de la fe, de la realidad cristiana: el Misterio de Jesucristo, Dios y Hombre, Muerto y Resucitado. Aunque a veces parezca que lo olvidamos: El Misterio, la Persona de Jesucristo es el todo del cristianismo. Puede parecer un despropósito, pero no lo es: Sin Cristo no hay cristianismo. Eso es el centro. Ésta es nuestra fe.

¡Muy bien! Sin embargo, ¿qué hacemos de eso?

En cambio, los domingos que llamamos "del tiempo ordinario", es decir "un domingo cualquiera" - y hoy es uno -, la Iglesia responde justamente a esta pregunta: ¿Qué haremos del Evangelio? ¿Qué conseguiremos conociendo a Jesús? Igual que Jesús, la Iglesia no nos lo dice todo de golpe: "*no podríais con ello ahora*", decía Jesús. Nos va desgranando su mensaje domingo tras domingo, y año tras año vuelve a insistir: Entretanto, por poco que prestamos atención, eso va sazonzando nuestra vida. Y a la larga - y aquí me refiero al paso de los siglos - no hay quien, por más que haga, pueda eliminar nuestras raíces cristianas. No me gusta ni la demagogia ni la apologética, sin embargo, aunque a alguien le moleste, ni el siglo de las Luces, ni el Socialismo, ni muchas otras doctrinas más tardías, no pueden negar que son retoños - rebeldes y repudiados si queréis, pero hijos a pesar de todo - del judeo-cristianismo.

Pero vamos al Evangelio de hoy. ¿En qué nos puede servir para nuestra vida? Es una historia simpática la de Mateo, detrás de su mostrador de cobrador de impuestos por cuenta de las fuerzas de ocupación y a quien Jesús, pasando, invita a ir con él. Mateo no se lo piensa mucho (seguro que ya estaba al corriente de quién era Jesús y que, en el secreto de su corazón ni osaba tan sólo desear aquello!), por eso no se lo piensa mucho en responder afirmativamente, y todos juntos - Mateo y Jesús, y los apóstoles y, claro está, unos cuantos del grupo de Mateo - se van a celebrarlo. Montan una buena cena y no queráis más jolgorio ...! Todo ello, sin embargo, no cae nada bien a las jerarquías religiosas de turno: Atacan a Jesús, pero, por cobardía o por malicia, no dan la cara, atacan con disimulo: quieren combatirlo a él, y al mismo tiempo desorientar a los discípulos: "¿Cómo es que vuestro Maestro trata con este tipo de gente"? ¡(Mal disimulada, saca la nariz la hipocresía, y aquí sí que Jesús no va con miramientos...!).

A Jesús no le pasa por alto la maniobra, y pone los puntos sobre las is: ¿Quién son los justos? ¿quién son los pecadores? "*Andad, aprended lo que significa 'misericordia quiero y no sacrificios': que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*" En la retahíla de enseñanzas de cada domingo, aquí está el punto culminante del domingo de hoy que, mirándolo bien, refleja al mismo tiempo la clave de bóveda del Misterio de Jesucristo, y el eje fundamental del comportamiento cristiano:

La clave de bóveda: Más adelante, en su carta, san Juan no vacilará en decir que "Dios es amor". No es extraño, pues, que en Jesucristo el amor lo centre de todo.

El eje fundamental: "Lo que yo quiero es amor ...! Y a la hora de decirlo en forma de mandamiento, (y es la única ocasión en que Jesús se expresa así): "*Éste es mi mandamiento: ¡Que os améis los unos a los otros!*" ¿Cómo nos podría resultar nuevo que, al hablar del comportamiento cristiano, ponga, arriba del todo el amor?

"No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores..." Sin embargo, al fin y al cabo, tanto los unos como los otros, justos o pecadores, todos son objeto de su amor. Más todavía. Escuchad bien: Los ama a todos ... También a nosotros!!! ¿Qué más queréis?